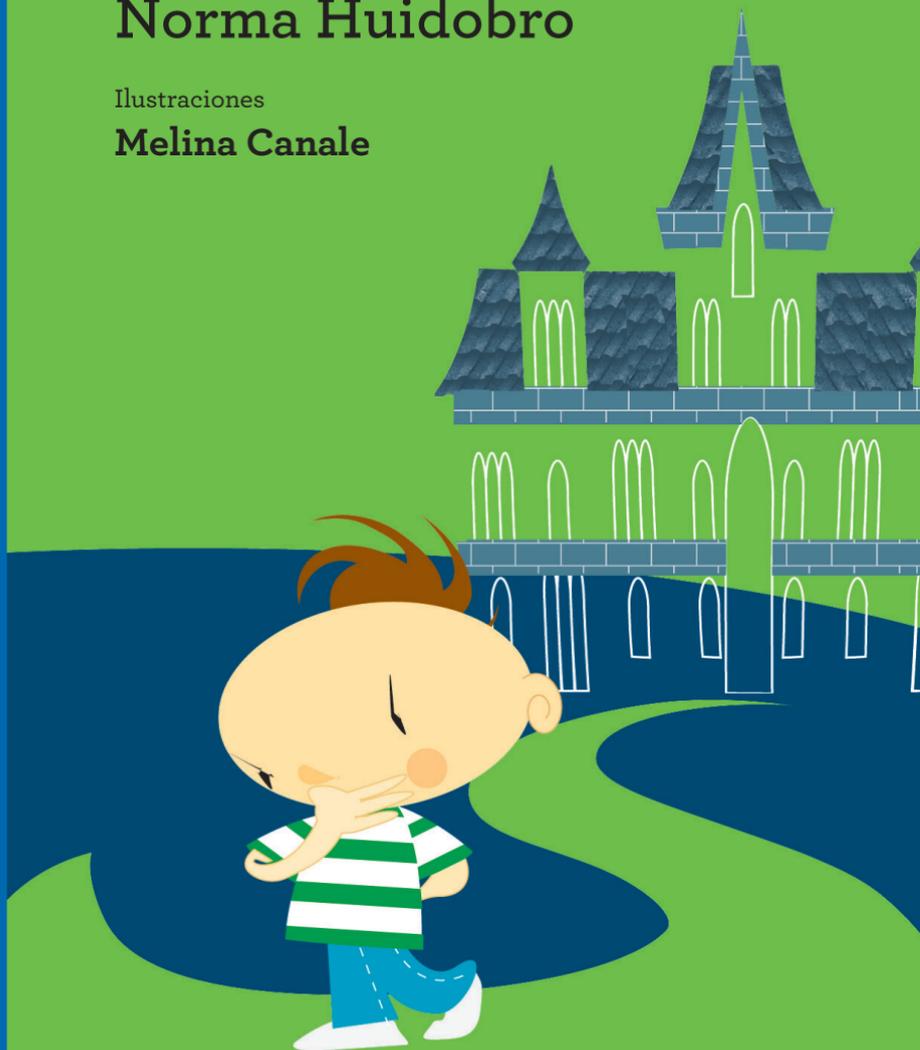


El misterio del mayordomo

Norma Huidobro

Ilustraciones

Melina Canale





El misterio del mayordomo

Huidobro, Norma

El misterio del mayordomo / Norma Huidobro ; coordinación general de María Luisa García ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Leibiker ; ilustrado por Melina Canale. - 2ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2019.

136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre azul)

ISBN 978-987-545-791-1

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. García, María Luisa, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Canale, Melina, ilus. V. Título.

CDD A863.9282

© Norma Huidobro, 2005

© Editorial Norma, 2005

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: marzo de 2005

Vigésimo novena reimpresión: julio de 2018

Segunda edición: abril de 2019

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Coordinación: María Luisa García

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerente de producción: Gregorio Branca

CC: 61088621

ISBN: 978-987-545-791-1



El misterio del mayordomo

Norma Huidobro

Ilustraciones
Melina Canale

 **Norma**

www.edicionesnorma.com/argentina

*A Fernanda, Martín, Mariana,
Elisa y Victoria*

Saquemos a Tomás del medio

El deporte favorito de mi familia es saquemos a Tomás del medio. Tomás soy yo. Mi familia son papá, mamá, dos hermanas mayores, mi abuela y mi tía. A mis hermanas nadie las saca del medio porque, además de mayores, son tranquilas, estudiosas, trabajadoras, educadas, superinteligentes, ordenadas y respetuosas. Vivimos en Lanús, en una casa grande, dividida en dos partes por un patio y un jardín. En la parte de adelante, que es la más chica, viven mi abuela y mi tía. Mi abuela es la madre de mi mamá y de mi tía. Y en la de atrás vivimos mi mamá, mi papá, mis hermanas y yo, que vendría a ser la pelota en este deporte tan particular. Siempre soy el que molesta; esa es mi función. Es más, si no

molesto, me siento mal; me da un miedo terrible parecerme a mis hermanas, tan juiciosas, las pobres. Pero ellas ya no tienen remedio: nacieron así. Debo reconocer que mi tía y mi abuela no son tan buenas jugadoras como el resto de la familia, pero se defienden bastante bien. A veces, los dos equipos –el de atrás y el de adelante– se ponen de acuerdo y juegan algún campeonato. Esto pasa en ocasiones muy especiales, como la que se presentaba ahora: el casamiento de mi tía y la gran fiesta que le iban a hacer en casa, es decir, en las dos partes de la casa y en el patio y el jardín que están entre las dos.

Una vez que terminaron las clases (mi mamá es maestra y mi tía también), decidieron empezar con la organización de la fiesta. El primer paso fue ponerse las camisetas y largar con el campeonato. Y lo que eso quiere decir es que directamente me sacaban de casa y me mandaban diez días de vacaciones con una tía de mi mamá, hermana de mi abuela, que vive en un palacio. Mi papá dice que es una casona antigua, muy lujosa, pero que no llega a palacio. Para mí, llega. Tiene pileta de natación, cancha de tenis, parque, sótano, torres, biblioteca, sala de juegos, veintipico de habitaciones, una cocina más grande que mi casa, como quince



baños y no sé qué más. Yo, feliz de ir al palacio. ¿Qué más quería? ¿Qué iba a hacer todo el día en casa, aparte de obligar a mi familia a practicar su deporte favorito? Las vacaciones en el palacio iban a ser estupendas. Estaba seguro.

La tía de mi mamá vendría a ser mi tía abuela, pero yo le digo simplemente *tía*. Nunca escuché a nadie decir “mi tía abuela me llevó al cine”, “mi tía abuela vino a cenar a casa”, “mi tía abuela me llevó al palacio”, “mi tía abuela cualquier cosa”. Con *tía* a secas, basta y sobra. Mi tía no es la dueña del palacio. Es el ama de llaves. Cuando se lo conté por primera vez a mis amigos, no me creyeron. Para ellos las amas de llaves y los mayordomos existen únicamente en las novelas y en las películas de misterio. Además de ama de llaves, en el palacio hay mayordomo, cocinera, mucamas, jardinero y chofer. Y todo para mí, al palacio me refiero, porque los dueños, que son un señor y una señora, se fueron a pasear a Europa. Seguramente deben estar viviendo en algún castillo; mi papá me contó que en Europa, además de palacios hay castillos. Esa es la diferencia con nosotros, que solamente tenemos palacios. No muchos, pero algunos tenemos.

Yo había visto el palacio una sola vez y desde afuera. La tía Herminia y los demás empleados

viven ahí y se van cuando les tocan las vacaciones. Cuando la tía Herminia sale de vacaciones, viene a vivir a mi casa y se anota en el torneo de verano de saquemos a Tomás del medio; eso sí, es la que peor juega; papá dice que me tiene demasiada paciencia. Bueno, yo había visto el palacio una sola vez y eso fue el verano pasado, cuando a la tía se le terminó su mes de vacaciones y tuvo que volver. Mi papá, por ser taxista, es el encargado de andar llevando y trayendo a la familia a todas partes. Esa vez habían venido los albañiles a casa para terminar la piecita de arriba, me acuerdo bien. Yo estaba de lo más entretenido ayudándolos a preparar la mezcla, cuando la tía Herminia empezó a despedirse de todos. Y mientras mi papá llevaba su valija al auto, mi mamá aprovechó y me metió a mí en el asiento de atrás. Gol de mi mamá.

Era la primera vez en mi vida que veía un palacio; de la realidad, quiero decir, porque en la televisión vi muchos. Este queda en Brandsen, que es bastante lejos de Lanús. Es casi campo y no hay ninguna casa por alrededor. Mi tía dice que una parte del viaje se puede hacer en tren, pero después hay que seguir en taxi o remís porque no hay ningún colectivo que llegue al palacio. Eso no me extraña, porque un palacio

y un colectivo no son cosas que combinen muy bien. Queda mejor llegar en taxi. Cuando estacionamos delante del portón de rejas de la entrada, apareció el mayordomo; para mí que nos estaba esperando. Lo reconocí enseguida porque tenía una camisa rayada y un chaleco negro, que es el uniforme de los mayordomos. También tenía barba y anteojos oscuros, y eso me pareció un poco raro. No sé, no me imaginaba a un mayordomo con barba y anteojos de sol. Se acercó al auto, nos saludó y agarró la valija de mi tía. Cuando terminamos con los besos de la despedida, nos hizo una reverencia a mi papá y a mí, como si fuéramos reyes y se fue con mi tía al palacio. Me hubiera gustado que me hicieran pasar para conocer todo, pero mi papá me explicó que una cosa es ser parientes del ama de llaves y otra, muy distinta, ser parientes de los dueños. No sé para qué me lo explicó si lo tengo reclaro. Yo lo único que quería era conocer el palacio y no que los dueños me adoptaran como pariente. Bueno, esa vez no pudo ser, pero ahora sí. Y cuando mi mamá me dijo que iba a pasar unos días de vacaciones con la tía Herminia, no me importó nada que me mandaran solamente para sacarme del medio. Iba a conocer el palacio y punto.

Se aconseja desconfiar del mayordomo

Yo me fijo muy bien en la cara de la gente. Soy muy observador. Y cuando el mayordomo se acercó al taxi de mi papá para llevar mi bolso, enseguida me di cuenta de que no era el mismo del verano pasado. El otro era más viejo, medio gordito, no muy alto y con pelo, barba y bigotes blancos. Este era alto y flaco y parecía bastante más joven, aunque era un poco pelado. A mí ni siquiera me saludó. A mi papá le gruñó; él dice que le dijo buenas tardes, pero yo no estoy tan seguro. Ya le estaba por preguntar qué había pasado con el otro mayordomo, cuando apareció mi tía y me interrumpió.

—Bienvenido, Tomás —dijo, bien fuerte y me dio un beso con ruido—. Te estábamos esperando. La cocinera preparó pastelitos.

Por los pastelitos me olvidé del mayordomo. Cada vez que mi tía llega a casa para pasar sus vacaciones, trae un paquete enorme de pastelitos fritos de dulce de membrillo que manda la cocinera. Casi todos los como yo. Me despedí de mi papá –que me hizo prometerle veinte veces que me iba a portar bien, que iba a obedecer en todo a la tía y que no me iba a meter donde nadie me llamaba– y fui al palacio con mi tía, pensando en los pastelitos.

La cocinera tiene un nombre rarísimo: se llama Eulalia. Es la única Eulalia en el mundo que conozco. Y debe ser la única que prepara unos pastelitos tan ricos. Eulalia me estaba esperando en la cocina, con la fuente de pastelitos de dulce de membrillo en el centro de la mesa. Mi tía me dijo que después de tomar la leche subiera a mi habitación y acomodara mis cosas. Eso de subir a mi habitación me gustó. Sonaba importante. Tomé un vaso grande de leche fría con cacao, pero no me dejaron comer todos los pastelitos que quise. Después del sexto me dijeron que no comiera más porque eran indigestos y que mejor los dejara para el desayuno del día siguiente. Protesté un poco, pero sacaron la fuente de la mesa y la guardaron en un armario con puertas de vidrio. Quedaban catorce pastelitos. Los conté bien.

Mi habitación me gustó; estaba arriba de la cocina, en el “ala de servicio”, como me explicó mi tía, o sea la parte del palacio que le corresponde al personal doméstico. Yo había pensado que me iban a mandar a una de las habitaciones principales del palacio, esas que tienen una cama con techo y cortinas alrededor y alfombras con flores y escritorios con cajoncitos secretos, y que a la mañana iba a entrar la mucama trayendo el desayuno en una bandeja enorme tapada con una especie de cacerola redonda de plata, pero no, nada de eso. Igual, no me quejo porque la habitación está rebuena; tiene una ventana desde donde se ve una parte del jardín –o parque, porque es enorme– y también, la casa del jardinero, que es el único del personal del palacio que no vive en el ala de servicio. Al lado de la casa está el galpón de las herramientas; me parece que el jardinero también es mecánico, porque cuando no está con las plantas, está en el galpón arreglando alguna máquina. En el ala de servicio hay seis habitaciones: la de mi tía, la de la cocinera, la del mayordomo, la del chofer y las de las dos mucamas, que ahora estaban de vacaciones, igual que el chofer. Cada habitación tiene su baño. El ala de servicio vendría a ser como un hotel: un pasillo largo con las puertas

de las habitaciones y un felpudo delante de cada puerta. A mí me dieron la habitación de una de las mucamas; la primera, subiendo por la escalera de la cocina. Al fondo del pasillo había otra escalera, que daba al jardín.

A las nueve de la noche cenamos todos en la cocina. Tomamos sopa de verduras, que la cocinera sirvió de una sopera que puso en el centro de la mesa. El asunto de la sopera me gustó. No es lo mismo servir la sopa directamente de la cacerola y llevar el plato servido a la mesa, que usar una sopera. Es otra cosa. Le tengo que decir a mi mamá que compre una. Estábamos tomando la sopa y de golpe me acordé del mayordomo del verano pasado. Cada uno estaba concentrado en su plato, así que podía preguntar sin que me interrumpieran.

—¿Qué pasó con el otro mayordomo?

Mi tía, la cocinera, el mayordomo nuevo y el jardinero me miraron, todos al mismo tiempo, como si yo hubiera dicho algún disparate.

—¿Qué mayordomo? —preguntó el mayordomo.

—El otro —dije yo—. El viejito de pelo blanco y barba y anteojos... El que estaba el verano pasado.

—El verano pasado estaba Manuel, igual que ahora —dijo mi tía, todavía con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca.

—No, el verano pasado había otro —insistí—. Cuando te trajimos con papá en el taxi, ¿te acordás? Era un viejito con todo el pelo blanco y...

—No, no —me interrumpió la cocinera—. Estás confundido. Ya te dijo tu tía que el único mayordomo es Manuel —y empezó a levantar los platos.

Yo iba a decir que para nada estaba confundido y que me acordaba perfectamente del viejito, cuando mi tía me puso delante de la nariz una tarta de jamón y queso recién sacada del horno.

—Tomás es nuestro invitado de honor y va a recibir la primera porción —dijo mi tía.

De golpe me di cuenta de que el mayordomo me estaba mirando. Yo también lo miré, pero él dio vuelta la cabeza y se puso a comer un pedazo de pan. Habló muy poco el resto de la noche y se fue a dormir antes que los demás.

Riquísima la tarta. De postre había helado. Me hubiera gustado llevarme un pastelito a la cama para comer mientras leía, pero no me animé a sacarlo del armario. Seguro que mi tía y Eulalia iban a protestar. Lo que pasa es que yo leo hasta tarde y me da hambre. De todos modos, esa noche, no sé si por la emoción de haber llegado al palacio o qué, me dormí más temprano que de costumbre.

Índice



Saquemos a Tomás del medio	7
Se aconseja desconfiar del mayordomo	13
Catorce pastelitos	19
Sherlock Holmes, coca cola y empanadas	27
Un bolso lleno de barbies	35
Una puerta en la cocina	45
El habitante de la torre	57
El asesino es el mayordomo	75
Nada mejor que un té de yuyos	87
El galpón de las sorpresas	99
Un día agitado	111
Anochecer de un día agitado	125



Norma Huidobro

Nació en Lanús, provincia de Buenos Aires, en 1949. Es egresada de la carrera de Letras por la Universidad de Buenos Aires. En Norma ha publicado *Juanita y el conejo perdido*, *El misterio de la casa verde*, *Sopa de diamantes*, *El sospechoso viste de negro*, *¿Quién conoce a Greta Garbo?*, *La tercera puerta* y la colección *Los casos de Anita Demare*.



Melina Canale

Nació en el barrio de Flores, ciudad de Buenos Aires, en 1971. Es autodidacta. Ha ilustrado libros de literatura y textos escolares. También escribe cuentos y poesías.



TORRE

A partir de los 9 años

POLICIAL

El misterio del mayordomo

Norma Huidobro

Ilustraciones de Melina Canale



Una inquietante intriga protagonizada por dos pequeños detectives.

Tomás –inquieto, curioso y metido en todo– va a pasar unos días a una antigua casona, en la que lo espera un enigma: ¿dónde está el antiguo mayordomo? Él lo vio solamente una vez, pero lo recuerda muy bien: no es el mismo de ahora. Entonces, ¿por qué el ama de llaves y la cocinera quieren hacerle creer lo contrario? Con la llegada de Camila, Tomás encontrará una compañera para sus investigaciones. ¿Qué harán para resolver el misterio?

www.edicionesnorma.com/argentina

Derechos reservados Editorial Norma S.A. Prohibida su copia, reproducción y distribución.



61088621